

No entra en nuestro propósito hacer aquí el encomio del libro que ofrecemos al público. La mejor garantía de su mérito y de su importancia literaria son los nombres de los poetas que han contribuido á la realizacion del pensamiento, y entre los que descuellan los de *Roca de Togores, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas*, que gozan de una merecida reputacion. En este punto nos limitaremos á consignar que hemos puesto todos los medios para que el *ÁLBUM POÉTICO* sea en su género una obra de mérito superior. Al buen juicio del público sometemos el resultado de nuestros esfuerzos.

Réstanos sólo hacer una advertencia acerca del orden en que aparecen impresas las composiciones. En este punto no hemos seguido ningun sistema preconcebido: atendiendo únicamente á la premura del tiempo y á nuestra falta de competencia para establecer clasificacion de ningun género en la colocacion de los autores, las poesías se han impreso por el orden en que han ido llegando á nuestro poder, y con arreglo á la necesidad de adelantar los trabajos de impresion, sin esperar que aquéllas estuviesen reunidas por completo. Consignamos esta circunstancia para explicar la falta absoluta de método que notarán los lectores, no sólo en lo relativo á los autores, sino tambien en lo que se refiere á la clasificacion de los géneros en que pueden agruparse las composiciones contenidas en el *ÁLBUM*; circunstancia que tampoco se ha tenido presente al dar los materiales á la estampa.

Madrid, Diciembre de 1873.

A. DE CÁRLOS É HIJO.

ISABEL LA CATÓLICA

EN ORIHUELA,

LEYENDA SACADA DE UN CÓDICE DE FAMILIA,

DEDICADA

Á LA CONDESA DE***

POR EL MARQUÉS DE MOLINS.

ROMANCE PRIMERO.

LAS CÓRTESES DE 1488.

Ya es tiempo que un solo yugo
Abarque en robustos lazos
Desde el frígido Sobrarbe
Hasta el aurífero Darro:
Y la cruz, que en Covadonga
Alzó el infante Pelayo,
Fulgure enhiesta en la Alhambra,
Por Isabel y Fernando.
Y es divina Providencia,
Que los muros que miraron
Del artero Teodomiro
El irrisorio reinado,
Resto efímero y caduco
Del godo poder y el fasto,
Que en el fatal Guadalete
Con Rodrigo naufragaron,
Miren también la saeta
Postrera, que bella mano
Contra el poder agareno
Tiende certera en el arco.
Dios la aguzó. ¿Quién resiste?

¡ Ay del infiel! Tú, mi patrio
Solar, alégrate y presta
Acento digno á mi labio;

Que nunca más bellos dias
Lucieron para los campos
Que fecunda entre azahares
El Segura orcelitano.

Ni ¿quién reseñar pudiera
Los próceres esforzados
Que tus arábigos techos,
Noble Orihuela, hospedaron?

Allí está el Marqués de Cádiz,
El conquistador preclaro
De Málaga, el de Ledesma,
Y don Pedro de Velasco;

Allí brilla por sus galas
El Duque del Infantado,
Y el de Alburquerque, y los Condes
De Monteagudo y de Castro,

Y Pedro Lopez Padilla,
De Castilla adelantado,
Y Chacon, que lo es de Murcia,
Yerno de Alonso Fajardo;

Allí Gutierre de Cárdenas
El Comendador, criado
De la Reina, y señor de Elche
De su dulce oficio en pago;

Y el gran Cardenal de España,
Y el Cura de los Palacios,
Cronista, y el padre Deza,
Del príncipe don Juan ayo.

Y allí las Córtes del Reino,
En sus tres potentes brazos,
Procuradores de villas,
Ricos-hombres y prelados.

Vinieron desde Valencia;
Fueros y leyes juraron
En el templo venerable
Del Santo Apóstol Santiago;

Y en premio á la paz que obtienen
Por sus reyes, les dan cautos
Fuerza ó plata (*tanto monta*),
Y hombres, y armas, y caballos,

Con que terminen la guerra,
Y lancen al africano
Allende el mar, y rematen
La promesa de Pelayo,

Y venguen á Teodomiro
Con el valor de Fernando,
Ó con la virtud sublime
De Isabel, que (*monta tanto*).

ROMANCE II.

EL CONCEJO.

Resueltas están las Córtes,
Soberanos son sus votos:

Así reune Orihuela

Un popular consistorio

Para aprestar los servicios

Y acudir con el socorro

Que los Católicos Reyes

Han de lanzar contra el moro.

Mover guerra al agareno

Lo quieren, lo aplauden todos,

Y dar, por tanto, el tributo

Bien cumplido y pronto, pronto.

Cada cual al noble peso

Intenta poner el hombro;

Pero al computar el tanto

Son los denuestos y ahogos.

Guardamar pretende alivio,

Porque dice que es notorio

Que tiene, por las crecidas,

Azarbes y puentes rotos.

— Tanto mejor; á más riego

Más cosecha, dicen otros.

— Alíviese á Cox, que tiene

Sin simientes los rastrojos.

— Rojas y Benejúzar

Pagan mucho, grita ronco

Su síndico, y le responden:

— Callosa y Catral no poco. —

— Todo eso ménos valiera,

Dijo el viejo Gil de Sotos,

Si por cada heredamiento

Se partiera igual el cobro;

Que en impuestos y en arados,

Por experiencia conozco,

Cargar el yugo es muy fácil,

Saberlo igualar es todo.

Ya veréis en éste cuántos

Se escapan, zagueros y horros.

— Por lo ménos, los Soleres

No pagarán, dicen otros.

— Y es razon, dice un tercero;

Váyase por cuando solos

Pagaron, miéntras mandaban

Los de don Juan y de Osorio.

— Los de don Juan no se niegan

Nunca á los lances honrosos,

Dice aquél. Y éste responde:

— Cierto, á los lances devotos.

— Haya paz, dijo el ladino

Gil Sotos. ¿No veis, cachorros,

Que siendo de una camada

No se han de morder los lobos?

Los de don Juan y Soler

Son unos, como yo y Sotos,

Desque don Jaime y Leonor

Se unieron en matrimonio.

—¿Quién nombra al *Sol de Orihuela?*,
Dijo entrándose en el corro
Un labrador de la Daya,
Terciada la manta al hombro.

—Nadie que no la respete,
Contestó el viejo.—Seo zorro,
No cace palomas, dijo
El dayés con aire torvo.

—No cazo, repuso Gil,
Que me faltan piernas y ojos,
Y aún por eso no columbro
Aquí á los pájaros gordos.

—Es verdad, no está don Jaime,
No ha venido, observa un mozo,
Y eso que paga tributos,
Que pasó el año de novio.

—Es cierto, ni el señor tío,
Don Juan, el que anda tan fosco
Desque perdió la bailía
Y la mujer este Agosto.

—¿Por qué no viene al Concejo?
¿No quiere pagar tampoco?

—Harto, dijo el de la Daya,
Paga don Juan, yo le abono;

Que para hospedar al Rey
Y á la Reina es un asombro
Lo que ha gastado en su casa
Y en muebles y en seda y oro.

—Ese fuera, dicen muchos,
Juez partidor recto y probo,

Que es imparcial, pues ya paga.

—Nombrémosle, dicen otros.

—No está aquí, replica el viejo,
Encubriendo mal su enojo,
—Vaya con Dios : partidores
No faltan entre nosotros.

—A votar, llama entre tanto
El Gobernador, y entorno
Agita la muchedumbre
Pechos, brazos, mantas, gorros.—

Así las hojosas vides
En las tormentas de otoño
Se arremolinan y enzarzan
Al ágrío silbar del Noto.—

Y en esto, cual combustible
Se amontonan nombres propios,
La discordia acerca el fuego
Y la envidia arrecia el soplo.—

Y á poco si de los bandos
De Roca y Soler al ódio
Vuelve á levantarse llama
Del no apagado rescoldo.—

Que de Ponces y Guzmanes
El ciego feudal encono
Encontraba imitadores
Hasta en humildes villorros.—

El Gobernador suspende
La eleccion, cauto y celoso;
Y el pueblo sale á la plaza
Casi alzado en alboroto.

Allí pasaba don Juan,

No ya macilento y solo,
Mas con Leonor su sobrina,
Lucero de estos contornos ;

Con Leonor, Sol de Orihuela,
La de los cabellos blondos,
La que hace brotar virtudes
En donde pone los ojos.

El pueblo les dejó calle,
Abriéndose á un lado y otro,
Y camino de Palacio
Siguió sus pasos absorto.

ROMANCE III.

EL HOSPEDAJE REAL.

En un alcázar que estriba
Sobre el puente de Bigastro,
Á quien da el Táder fecundo
Espejo, defensa y baño ;

Donde Berenguer el noble
Hospedó en tiempos pasados
Contra dos Pedros crueles
Al Infante D. Fernando ;

En donde al presente lucen
Aspe su purpúreo mármol,
Callosa su negro jaspe,
Benejúzar su alabastro ;

Cuya trepada azotea,
Con lises interpolados,
Roques de ajedrez coronan
Por divisa y por ornato ;

Cuyo escudo gentilicio
Y cuyo viejo retablo
Publican, como la alcurnia,
La devocion de sus amos ;

Y en estancias que embellecen
Guirnaldas de rosa y lauro,
Paños de Flándes y alfombras,
Terciopelos y damascos,

Brilla como en su apogeo
El más pasmoso milagro
Que diera asunto á la historia
Y pábulo al entusiasmo.

Guerras trata, y es piadosa
Más que los Dezas y Hernandos;
Es mujer, y más bizarra
Que los Ponces y Gonzalos.

Arrostra cualquier peligro,
La vence cualquiera llanto,
Ningun Rey es su maestro,
Cualquier infeliz su hermano.

Sus hijos son los de España;
Porque en su amor ha juntado
Los que en el Ebro nacieron
Con los que beben del Tajo.

No en riquezas con el rico,
No en poder con el tirano
Compite, ni mueve guerras
Por agrandar sus Estados.

Crucificada en su trono,
Vuelta la vista al Calvario,
Recibe del Rey de reyes
Fuerza, corona y dechado.

¿ Su nombre? ¿ Quién no lo aclama
Desde el Oriente al Ocaso?
No tú, mi linda señora,
Ignoras ya de quién hablo.

Tú, que crecida en los valles
Del imperio mejicano,
Tierna flor, te abriste al cielo

Al influjo de aquel astro.

Tú, que *Isabel* balbucías
Con puro inocente labio,
Como símbolo de gloria,
Emblema sublime y santo;

Coyunda de amor tendida
Desde Calpe al Chimborazo,
Que bajo la cruz del Gólgota
Hace á dos mundos hermanos.

¡Isabel! Por tí, Occidente
Conoce ya el increado
Sol, y no mancha sus aras
Con sacrificios humanos.

Y si hoy parricidas tornan
Á más fieros holocaustos,
Isabel, desde los cielos,
Hará que se den las manos.

Madre fué suya; sus joyas
Del error los rescataron;
Náufragos de la barbarie,
Los arrancó al Océano.

Así el suelo que algun día
Colon, Cortés y Pizarro
Fecundáran, no se torne
De los logreros mercado.

Y la que en lecho de muerte
Hizo á *sus indios* legados,
Tambien mandará del cielo
Para *sus indios* amparo.

ROMANCE IV.

LA OFRENDA.

En un estrado que forma
Doble elevada tarima,
Bajo un dosel recamado
Con lazos, yugos y cifras,
Sentados están los Reyes
En sendas talladas sillas,
Merced otorgando á muchos,
Haciendo á todos justicia.
Sirve detras de la Reina,
Doña Beatriz Bobadilla,
Y al Rey, Jorge de Alarcon,
El señor de Fuentecillas.
Ya de delante los pajes
El luengo escaño retiran,
En que las Córtes han dado
Su postrera despedida.
Y por la anchurosa escala
Baja ya la clerecía,
Muy ufana con su arenga
En buen latin de Lebrija.
Hay, con todo, quien recele
De una apacible sonrisa,
Que ha sorprendido en la Reina;
Que es la Reina gran latina.

Empero escena más grata
A otra parte la convida,
Que va en la cámara entrando
Turba de zagalas lindas.

Las flores que todas llevan
Deslucen con sus mejillas;
Otras de sus negros ojos
Lanzan fulgurantes chispas.

De brocatel y cetí
Ostentan la falda rica,
De fino cendal las tocas,
Las negras trenzas por cima.

Negras sí, que por respeto
Y urbana contesanía,
No hay una con áureos rizos
Que con Isabel compita.

Y á la Reina, en homenaje
De amor y agüero de dicha,
Nativos frutos presentan
En labradas canastillas.

Orihuela dá en presente,
Con rubio trigo en gran copia,
Las hebras que diligente
Labra en su morada propia
La crisálida de Oriente.

Trajo escritos y de aroma
Sus melones Guardamar;
Y con el propio azahar
Molins la dorada poma,
Que el Asia puede envidiar.

Humildes frutos dá Urchillo